

# Cielo



El sonido de los pies golpeando la mullida hierba, terciopelo esmeralda de la naturaleza. Los trinos de los pájaros, compitiendo entre su para hacerse con el puesto de solista en la melodía chispeante de la tarde. Los zumbidos de adormecidos de las abejas de las abejas, rápidos, distantes y al mismo tiempo, muy cercanos. El susurrar de las hojas, acariciándose una a otras y, sus gemidos, despedidos al aire. El soplo del viento, silbido de céfiros, ese agudo sonido en el fondo del oído.

La joven se lanzó a la pradera y esta, complaciente y amable, la acogió con sus silvestres brazos entre su aroma de flores silvestres y el delicado gusto de la tierra. Los dedos desnudos acariciaron los suaves pétalos que se encontraban junto a ellos.



De repente, algo perturbó la paz que se respiraba: un inocente estornudo salido de los labios de la chica, que al instante se transformaron en una sonrisa, clara y sencilla; graciosa. Sus castaños bucles se encontraban esparcidos a su alrededor, como un abanico que comenzaba a trenzarse con las briznas más valientes, aquellas que se habían atrevido a elevarse sobre las demás y explorar los inhóspitos territorios del cielo.

El turquesa de este se establecía de forma uniforme hasta donde la vista alcanzaba, apenas alterado excepto por unas pequeñas pinceladas blancas a lo largo de la vista, jirones de nubes que de forma holgazana se iban desplazando al horizonte, probablemente agotadas ante los brillantes rayos que emitía el sol, que comenzaba a caer, somnoliento tras su agotador paseo por la bóveda del mundo.

Los pájaros jugaban entre ellos, danzando, volteando entre ellos, sujetos solamente con los hilos del tiempo y, despreocupados, continuaban suspendidos en sus brazos sin temor, regalando a la naturaleza su canción, sus voces puras e inocentes que se elevaban para responder a las plegarias de los astros.



A la joven le pareció  
pezuñas,  
algún ciervo  
acercaba para echar  
la chica, podía ser  
fauno, que surgido  
algún estanque  
decidió regalarle su  
un momento  
situación, la dríade ,  
verdes y salvajes,  
y flores, arrojando al  
el fauno, con su  
barba cobriza,  
luminosos ante los  
se atrevían a

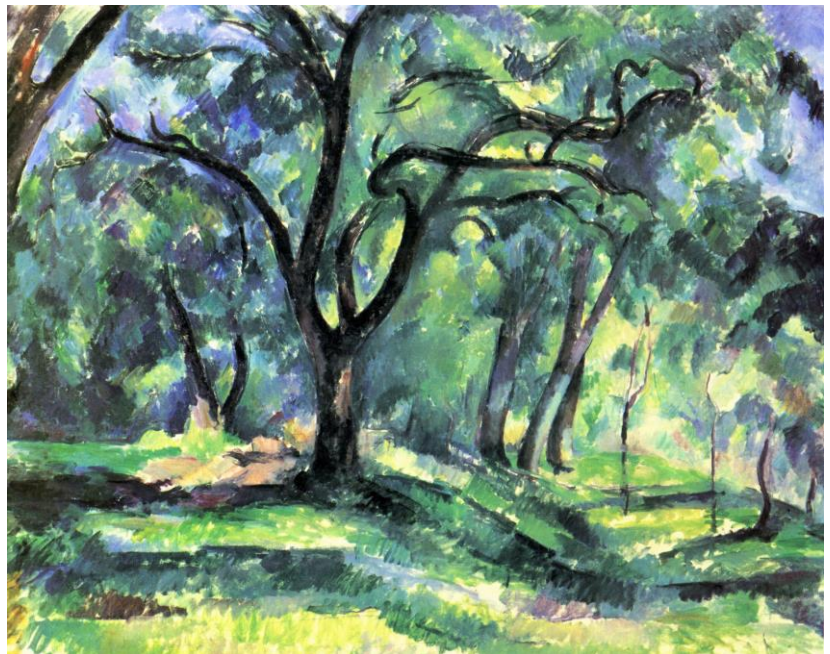


oír a lo lejos unas  
probablemente fuese  
confiado que se  
un vistazo pero, para  
una dríade o un  
de las ondas de  
esmeralda, había  
presencia; disfruto  
imaginando esa  
con los cabellos  
trenzados con ramas  
mundo su energía o  
cabello rizado y su  
reflejando destellos  
asombrados ojos que  
mirarlos.

La joven también  
la madera, ese sonido que recorría continuamente el bosque, antiguos mensajes que se transmitían los árboles de unos a otros y como buenos compañeros se iba extendiendo y repartiendo por todos los tocones, desperdigando su armonioso código secreto sin que nadie se diese cuenta.

La joven se levantó y corrió con el vestido ondeando como si una bandera orgullosa y magnífica se alzase proclamando la libertad y como respuesta la brisa mecía los bucles de ella, en formas imposibles que rivalizaban con el vuelo de los pequeños gorriones que la miraban con envidia desde sus nidos en las alturas de las copas arbóreas.

Un arroyo fue a acoger sus pies desnudos y el frescor le resultó de lo más revitalizante y, después de un instante, los tímidos pececillos comenzaron a correr entre sus pies, produciéndole cosquillas y con sus naranjas, amarillos, rojos y cobrizos, destacaban entre el



escuchó el crujir de

azul y el verde.

La joven continuó avanzando, sintiendo la oscura tierra que se hundía entre sus dedos y las raíces que de vez en cuando alteraban el suave camino.

Las ardillas, traviesas, se asomaban para verla pasar y agitaban sus bigotes al aire, saludándola cuando corría junto a ellas.

Y, por fin, la joven llegó al final del bosque, enfrente de él la suave hierba cedía su dominio ante la agreste y afilada piedra y, poco más allá, un acantilado marcaba el fin de la tierra.

Una columna negra se elevaba más allá del vacío, en el suelo, alejado, como si de



otro mundo se tratase, de aquellas verdes y frescas montañas.

La joven se acercó curiosa, queriendo descubrir que sucedía. Allí, en el fondo del valle se hallaba una bahía y, a su alrededor, una imponente ciudad.

Sin embargo, esta ardía y las llamas arrasaban todo a su paso, transformando la vida en cenizas que comenzaban su ascenso hacia los cielos. Ante sus ojos el castillo, antaño orgulloso y noble, se desplomó con tal estruendo que llegó a perturbar la apacible atmósfera de las montañas. El viento traía consigo los gritos desesperados de los habitantes que imploraban la ayuda con lo poco de voz que les quedaba. La ciudad era un completo infierno.

La joven le dirigió una última mirada antes de volver a sus suaves brisas del bosque, de todos modos, que le importaba a ella aquella ciudad.